

La lectora provisoria

Mariano Ferreyra: nunca más

« Postal de Buenos Aires (2)

Fotonovela de aprendizaje (1) »

Dos novelas peronistas

Publicado en *Perfil* el 27/5/12

por Quintín

Una célebre boutade de Perón decía que los argentinos podían creerse radicales o conservadores, pero en el fondo eran todos peronistas. El tiempo ha desmentido esa afirmación: aunque formalmente nos gobierne el Partido Justicialista, la Argentina se ha vuelto masivamente antiperonista. Los opositores gorilas de izquierda y de derecha siguen odiando a Perón como siempre, pero a ellos se ha unido la elite del elenco oficialista y buena parte de sus seguidores. Para ejemplificar el cambio, permítanme señalar la evolución de uno de los filósofos más cercanos al kirchnerismo. José Pablo Feinmann, quien hoy proclama la esencia diabólica y nazi del General, no solo llegó a estar en los 70 mucho más cerca de Perón que de los Montoneros sino que en 1996, una fecha mucho más reciente, escribió el guión de *Eva Perón*, la película de Juan Carlos Desanzo que miraba con parecida simpatía a Evita y a su cónyuge.



Aunque la literatura ensayística sobre el peronismo es amplia y crece frondosamente con los años, aunque los hechos duros están comprobados, el debate íntimo sigue abierto pero la ficción sobre el peronismo entre el 45 y el 74 no ha dado muchas obras a la altura del interés que el tema despierta. Dos novelas recientes compensan en parte este déficit. Una es *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* de Patricio Pron. El autor recupera allí los años de militancia de sus padres en la poco estudiada agrupación Guardia de Hierro y lo hace con rigor casi documental (al punto que los detalles en los que el padre de Pron considera que la verdad histórica difiere de la narración están señalados en un blog que complementa la novela). Pron (hijo) se muestra abierto y tolerante con la ideología de los militantes de Guardia, un grupo de inspiración leninista que guardaba fidelidad a Perón, y hace un aporte al esclarecimiento de un capítulo oscuro de los setenta. Pero su relato está de acuerdo con la corrección política contemporánea. El padre se ocupa en el libro de inquirir por una amiga desaparecida, militante del Partido Comunista, y el destino de ambos converge de algún modo en la militancia kirchnerista actual, que puede describirse como la suma de dos corrientes leninistas: la vieja izquierda de orientación moscovita por un lado y las corrientes nacionalpopulistas por el otro. Acaso la clave de la novela sea la enumeración de los títulos de la biblioteca de la familia Pron, signada tanto por la sombría presencia de autores como Mao y Hernández Arreguí como por la ausencia de obras narrativas extranjeras.

La otra novela —que merece llamarse así a pesar de estar compuesta por tres relatos y una obra de teatro— es *La carne de Evita* de Daniel Guebel. No vacilaré en calificarla como una gran ficción peronista, aunque Guebel haya engañado, entre otros, al reseñista de *La Nación* quien la declaró “no apta para justicialistas devotos” y extrajo lecciones del libro propias de la Revolución Libertadora. Pero la empresa de Guebel, pariente de las farsas de Copi, va por otro lado. Suntuosa, divertida, desprejuiciada, tan fina en su construcción como ocasionalmente guaranga en su lenguaje, la novela sugiere la necesidad de que el peronismo sea redimido por el arte, es decir, llevado a una dimensión humana, lúdica e inofensiva. Mientras Pron nos contagia la solemnidad y la tristeza propias de la militancia, Guebel inventa a Zarlanga, absurdo artista plástico que planifica una obra incomprensible y caótica bajo la esperanza de interpretar el pensamiento de Perón. Y luego, Guebel se dedica a demoler el monumentalismo peronista a golpes de blasfemia, de desmesura sexual y de cotidianidad. Feliz, trágica y liberadora, *La carne de Evita* es un triunfo de la literatura sobre la materia.

Foto: Flavia de la Fuente

★ Me gusta Sé el primero en decir que te gusta esta post.